

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península una peseta al mes.
Extra-jero, 750 PESETAS trimestre.
Comunicados a precio de venales.
Reduccion y talleres: S. Lorenzo, 18.

MARTES 12 DE FEBRERO DE 1901

PRECIOS DE LOS ANUNCIOS

En cuarta plana. 00/05 pesetas línea
En segunda y tercera 00/10 id. id.
En primera. 00/20 id. id.
Administración: Saavedra Fajardo, 15.

Voz del pueblo

Gratula ayer en las calles el pueblo de Madrid, y sus clamores parecían, ora voces de lucha, ora acentos de triunfo. No eran muchos, no eran los madrileños; cuando más, se reunieron cuatro mil manifestantes; pero, ¿cuántos, desde el refugio de su timidez o de su prudencia, les acompañaban con el aplauso y con la simpatía? ¿Cuántos al ver cómo la vida surge, del alma muerta de las muchedumbres, sentirán correr por sus nervios calofríos y henchirse su pecho con oleadas enardecedoras, como si pasaran sobre las almas conjuras de resurrección y vinieran sobre las frentes rayos de fe en lo porvenir.

Salmerón, el Tribunal Supremo, Ubio, el conde de Caserta, ¿qué son esos nombres, ¿qué realidad tienen? No. No nos importan las personas, ni los organismos. Son para la conciencia española símbolos. El gran pleito de nuestro espíritu es el que se ventila. Venimos hoy en ese hecho, jurídicamente, disidente, lo que vimos ayer en el teatro, y siempre en la real. Son los hombres de presa organizados en bandas, que se arrojan sobre las sociedades, para arrancarle girones. Son el mundo y el claustró quienes luchan; el claustró con sus sombras de muerte enquistadas, y el mundo con el fragor de la vida y con la luz fulgurante que sobre él irradian el próximo trabajo, el redentor progreso y la hermosa libertad.

¡España! ¡España! Grandes tristezas ha producido a los corazones amantes de ella; pero las compensa ahora brindando con tan intensas alegrías. Vino sobre ella la noche horrenda de una reacción furiosa. Escritas están nuestras libertades en las leyes; escritos los derechos del ciudadano; pero ¿dónde han ido, donde se ocultan que no se ven en las costumbres, en los hechos, en la vida fecunda y en sus luchas estruendosas, de donde emana toda grandeza, toda gloria, toda esperanza, toda virtud? Preguntad uno por uno a los españoles si se sienten libres, si ante su pensamiento se han abierto horizontes nuevos sin más confines que la razón ni más señores que Dios, el Dios que el Evangelio manda querer en el espíritu y en verdad?

Sentimos por todas partes la opresión. La sentimos sobre el peso, y sobre la conciencia. Los invisibles hilos de la tela de araña, tejida por la superstición codiciosa, nos envuelve en el comercio, en la industria, en el arte, y penetra en el hogar, y aún más adentro; se infiltran como sutiles efluvios en el tórax de nuestros huesos, en el cerebro, en las intimidades de la idea, viéndose ya en su origen por el contacto inmundado. Abundancia, abundancia en la vida española, y hallaréis en el fondo de todos los errores, en la hondura de nuestras congojas, el hábito de un fraile o la sotana de un jesuita.

El pueblo se rebela. No puede más. Si estuviera destinado a morir, soportaría su desventura. Pero ha de vivir. Aun aguardan días de esplendor a la gente española. Hemos peregrinado por el desierto años sin término, amargos años de duelo; raya en el confín la tierra de promisión; nos espera la vida moderna; la vida grande; nos atraen los esplendores de la civilización, cuyas fulguraciones conocemos tan solo por reflejos; vamos en busca de la libertad verdadera, en cuyos senos todos los hombres se encuentran hermanos y todos los brazos se abren para estrechar a los redimidos. Nos está prometido por la ansiedad del corazón, que nunca falta. Hemos de morir sin conocerlo, sin llegar hasta el fin? No; no quiere la raza española semetirse a tan triste ventura. Contra los que le cierran el paso se alza iracunda.

Ved, los que hacéis mofa de los sentimientos anticlericales del país sano, ved como se levanta por todos los ámbitos de España el espíritu radical que otro tiempo nos inspirara. Ved como la masedumbre se trueca en ardor y enardecimiento.

Hierva en las entrañas de la nación el deseo frenético de luchar para dejarse vencer postrado y ocoarido. Resurren la nación de punta a cabo olas de vehemencia: ¿Las contendreis con la Guardia civil, como dijisteis? Poned diques al pueblo, ¿insensatos? Con él los Gobiernos no son todo; sin él, ni los Gobiernos ni los ejércitos son nada; a lo sumo, maldición é iniquidad.

¿Gémenes de anarquía llama un periódico a ese aliento renovador que nos devuelve en pleno invierno bríos y ebullición de primavera? ¿Anarquía. Pues, ¿qué es la vida, sino perenne desequilibrio en que un día y un estado de alma devoran al estado y al día que les precedió? ¿No pedís regeneración? Pues esa es, tomada. La quietud suponía la permanencia de lo antiguo; era lo viejo, lo podrido. ¿Cómo pensabais renovar vosotros, los asustadizos, que pedís freno para el desbordamiento de la savia juvenil? ¿Medís con caseros de viejo los vigores de los jóvenes. Llamáis prudencia a lo que es vejez, juicio a lo que es miedo, equilibrio a lo que es fuerza, orden a lo que es letargo, esperar a lo que es morir.

Tamen las exaltaciones y las vehemencias los que se hallan bien, los que con ellas peligran. Pero no se invoque el nombre de la Patria para condenarles. ¿Qué fuerza, si no es la pasión del pueblo, podrá romper la dura costra de nuestra conciencia para que brote por sus quebraduras el nuevo exstir? ¿Qué brío, si no es el brazo de las muchedumbres, podrá derribar la mole abrumadora del armatoste arcaico que los siglos fabricaron para albergar el espíritu de la nación? ¿Exaltaciones! Ellas son las redentoras: ¿Qué pignora brillante hay en nuestros anales, qué día de gloria que lo presidiera y abriera generosos y vehementes de muchedumbres iluminadas? ¿Dejad que se esparzan. El fuego devora a veces, pero antes reanima y crea; los hielos matan siempre. Lejos la flaqueza sentí; por algo el símbolo de los nuevos tiempos se anclara en esta palabra: juventud.

El estallido se encadereza contra las órdenes religiosas. Pobres ministros de Dios, los que consumen su vida habiendo de espíritus aldeanegios y campesinos a las inspiraciones del Evangelio; ellos también cumplen una misión redentora, y nadie condena su celo y su exaltación. No los combaten hoy las iras populares. Los respetan, los respetamos todos, como sus sencillos feligreses, porque en ellos vemos la pobreza, el sacrificio y la virtud. La pasión generosa del pueblo se revuelve contra las bandas de asociados que levantan soberbios conventos, semejantes a fortalezas, como en la Corona; contra los que escarnecen la humildad de Cristo, con su opulencia; contra los que se apoderan diestramente de los resortes de esta sociedad, y desde allí ahogan el vuelo del pensamiento, y matan los impulsos generosos del corazón y estrangulan las confesiones, arrojando sobre las almas y sobre los hogares torrentes de dolor; se vuelven contra los invasores de la riqueza, contra la mano inerte que husmea las riquezas y se las arranca al creyente con promesas y seducciones del Paraíso, y al moribundo con amenazas y terrores del infierno.

¿Quién infundió al pueblo tanta ciencia para descubrir sus enemigos? ¿Quién le guía, que le guía tan bien? ¿Quién le empuja con mano que no tiembla? Mirad cómo el pueblo no vacila: sabe donde está su mal, contra quien ha de combatir. Quieto permaneció ante ciertos llamamientos; inmóvil ante programas halagadores, inerte ante esperanzas y seductoras promesas. Un solo hombre, una sola palabra, han bastado después para sacudirle, y hacerle despertar. El, sencillo como un niño, rudo, ignorante, sin más luz que la luz derramada sobre su inteligencia por la bondad suprema, marcha en derachura a su adversario y no se contenta siquiera con intimidarle y vencerle: le quiere destruir. La lógica de las multitudes es

incorruptible: como nada la falsea, llega hasta el fin.

Y aquí el problema político que ante España se presenta. ¿Qué negará la fuerza de este movimiento de opinión? Es alud que el rodar acrecienta; pero alud contra el cual nada puede la fuerza, porque rueda por los espíritus, por las conciencias, engrosando su mole con las angustias del pueblo, con las ansias adormecidas, con las iras olvidadas. Son incorreibles, porque son impalpables. Ante su furia, los poderes humanos o se inclinan o perecen. Sólo una autoridad reconocen: la razón.

Miremos todos a ese torrente; puede ser fuerza fundada o fuerza destructora. ¿Llegará nuestro infortunio o nuestra locura hasta desafiarse? Imponen los hechos una transformación de nuestra vida pública en sentido más amplio. Ninguna de las soluciones, tiempos atrás mantenidas por los partidos gubernamentales, basta para comprender las exigencias presentes de la opinión. Es preciso avanzar. Y el espíritu liberal avanza. Los clamores del pueblo vibran fervidos y atronadores. Ojalos quien sepa oír.

DE MADRID A MURCIA

El día de hoy

El día ha comenzado con manifestaciones en las calles por parte de los estudiantes que han acudido a los centros docentes pidiendo que se abran las aulas.

No quieren vacaciones concedidas por el hecho del matrimonio del hijo del Conde de Caserta que incendió el suelo patrio.

El gobierno había tomado todo género de precauciones; pero todo fue inútil, porque los estudiantes se había propuesto realizar una enérgica protesta y la llevaron a efecto.

Varios grupos de escolares formaron uno numeroso, que partiendo de la Universidad tomaron el camino de la Plaza de Santo Domingo, donde la policía intentó cerrar el paso a los manifestantes.

Estos daban gritos de viva la libertad y muera Caserta.

Los agentes de la autoridad dieron furiosas cargas logrando disolver a los estudiantes momentáneamente, y hubo carceras, sustos, caídas y señoras desmayadas.

Los cafés, farmacias y otros establecimientos, cerraban los escaparates y dejaban abiertas las puertas para auxiliar a los manifestantes.

En la carrera de San Jerónimo, frente a la calle de Ventura de la Vega, un considerable grupo de manifestantes dio entusiastas vivas a la libertad y a la República.

Hubo una corta lucha entre la policía, la guardia civil y los manifestantes.

Los guindillas practicaron algunas detenciones, pero al llevarse un grupo de más de 500 manifestantes arrolló a los agentes y puso en libertad a los detenidos.

La guardia civil patrullaba desde la indicada plaza a la Carrera de San Jerónimo y calle de Cadaceos, donde tienen su residencia los jesuitas.

Se repetían con frecuencia los vivas a la libertad y los muera al conde de Caserta.

Seis parejas de la guardia civil montada y 20 agentes de policía custodiaban y patrullaban por las inmediaciones del palacio de los jesuitas y así continuó la cosa durante un gran rato.

Mientras esto ocurría en la Puerta del Sol un grupo compuesto de 1.000 individuos se dirigió a los barrios extremos, tomando la dirección de la plaza de Jesús, donde hay un convento de frailes.

Comenzó una pedrea violenta y furiosa.

Cristales y ventanas todo quedó destruido.

Los frailes, aterrorizados, subieron al tejado desde donde pedían auxilio.

Esta manifestación, dando vivas a la

República, fue por las calles de Santa María, San Juan, San Pedro a la de Atocha.

También en la plaza de la Cabada hubo vivas a la libertad.

Desde allí se dirigieron al ministerio de Instrucción Pública todas las estudiantes de ambas facultades con la idea de hacer una protesta ante el ministro por haberles dado unas vacaciones que no solicitaron como desean los anuncios colocados a las puertas de la Central y de San Carlos.

Como esto ocurría a las diez y media de la mañana, y el Sr. García Alix no estaba aún en su despacho, corrió por todos la voz, como una orden, de ir a su casa, calle de Hermosilla.

Cuatrocientos o quinientos serían los estudiantes que formaban la manifestación.

A ellos se agregó buen número de curiosos, que simpatizaban con la protesta de los jóvenes.

Cuando llegaban los manifestantes frente al Botánico, un cordón de guardias de orden público les cerró el paso, cargando sable en mano contra los que no daban ningún grito.

La desbandada fue general, y no teniendo los guardias a quien descargar sus iras, la se apoderaron con un pobre muchacho de quince años que estaba curiosamente enterandose de lo que pasaba.

A las cuatro, el aspecto de la calle del Carmen, desde la plaza del Callao a la Puerta del Sol, era impensabilísimo.

Los grupos eran más importantes y nutridos que en los días anteriores.

En ellos se veía a estudiantes, gente del pueblo y no pocos hombres con boinas.

De los grupos compactos y numerosos salían fuertes voces y gritos de Muera! Constantemente de la Puerta del Sol y de la universidad seguía llegando gente a engrosar la manifestación.

Los gritos eran cada vez más repetidos y más fuertes.

La guardia civil, que dar cargas; pero la gente no huía con la facilidad que otras veces, sino que parecía al principio en actitud de resistencia, y prorrumpía en nuevas voces, directamente dirigidas contra la Benemérita.

Hubo confusión, caídas, enormes algarabias.

La gente se refugiaba en los portales, pero sin amainar en su actitud de protesta y resistencia y siendo cada vez los gritos más atronadores.

A la hora de cerrar esta carta se encuentra ocupada la población militarmente.

11 de Febrero de 1901.

PREPARATIVOS ELECTORALES

Van adelantándose los preparativos para las próximas elecciones de diputados provinciales.

Los amigos del poder, los que manejan la cosa, tienen el encasillado dispuesto para colocar en él a los que, como de costumbre, reúnan mayores influencias, y sean, por lo tanto instrumentos de los caudillos, pero las demás fracciones o partidos políticos no permanecen tampoco inactivos.

Los liberales hablan de una inteligencia electoral entre los elementos que dirige D. José Esteva y D. José Cayuela, cosa que no entendemos, tratándose de elementos liberales que conalgan en una misma iglesia y que reconocen un mismo pontífice.

Si es la hoja de parra con que se pretende encubrir ciertas antiguas dudas de moralidad, dígame en buen hora, pero no se usen fórmulas que no son admitidas en la farmacia política más que cuando se trata de anar en un momento dado elementos afines aunque equidistantes en sus principios políticos.

De todos modos, como esto es cuestión de familia, debemos respetar la forma en que convengan resolver las disiden-

cias intestinas, y esperar las soluciones que de esa inteligencia electoral pueda sobrevenir en favor de este desdichado país.

Los taxistas también se aprestan a la lucha, al efecto, tienen nombrada su comisión electoral, que por los visos de fuerza que adquieren, aspiran a batallar y vencer.

Los conservadores del Sr. González Conde también se muestran, feroces y sagaces sus antiguos bríos, trabajan con fe, y parecen que se vigorizan con el aluvión de las injusticias y de las ineptitudes que con ellos realizan los que de ellos vivieron en otros tiempos, y por ellos son lo que hoy son.

Los republicanos alentados por algo más que una simple idea política, por los anhelos de renovación social renacidos al amparo de la conciencia y de la razón emancipada; también se aprestan a la lucha.

Las codicias de la libertad, los odios justos, legítimos contra el despotismo cretículo y contra las servidumbres arteras de los sombríos dominadores de nuestra política provincial, penetran mas hondas que las luchas políticas, porque significan luchas sociales, en las que los pueblos aventurarian, si la victoria no estuviese resuelta por el destino, su grandeza y su existir.

La lucha pues, parece que va a ser dura como no habíamos presenciado en algún tiempo.

Es la lucha del fiscal y el raso, en la que no han de tratar, por los que hoy disponen del poder, de anular el empuje incontestable de las ideas de justicia contra el caciquismo, ni el estallar violento del sentimiento patrio.



PAGINAS DE HISTORIA

LE BRUN

Entre los pintores más disonidos, alabados o injuriados por sus contemporáneos, Carlos Le Brun el fecundísimo pintor de Luis XIII y Luis XIV, ocupa puesto preferente en realidad, con gran desdoro de su dignidad de artista, porque los entusiasmos y los odios de que se hizo objeto no se debieron a las im-

preciones que en doctos e indoctos produjeron sus obras pictóricas si no a su valimiento cerca del último de los monarcas a la conducta que observó para conquistar y conservar el aprecio

en que le tenían su rey y el primer consejero de este, el célebre Colbert, y al orgullo y soberbia que en el engendraron su influencia en la corte de Francia; en resumen, que Le Brun era un pintor aristócrata, pero no pertenció a la aristocracia artística de que tan dignos representantes fueron Miguel Angel, Monso Cano y el «Graco».

Le Brun tuvo por padre a un escultor bastante bueno, quien enseñó dibujo a su hijo, haciéndolo después asistir a los estudios de Simon Voner, Parrier y el «Burguñón» cuyas lecciones fueron tan aprovechadas por el novel artista, que cuando contaba unos doce años de edad fué proclamado uno de las mas asombrosas precocidades artísticas.

A la edad de 13 años hizo un magnífico retrato de Luis XIII a pluma y sobre vitela, y tanto gustó al conde de Francia que desde luego se declaró su preceptor, comenzando el oficio de tal llevándose a Le Brun a vivir con él en su palacio. A la protección del conde se unió más tarde la del mariscal Richelieu, cuya voluntad ganó Le Brun pintando un cuadro alegórico a sus triunfos militares.

En 1612 Le Brun se trasladó a París, donde nació el 22 de Marzo de 1619, para trasladarse a Roma con el célebre Pon-

te.

En 1619 Le Brun se trasladó a Roma con el célebre Pon-

te.

En 1619 Le Brun se trasladó a Roma con el célebre Pon-

te.

En 1619 Le Brun se trasladó a Roma con el célebre Pon-

te.

En 1619 Le Brun se trasladó a Roma con el célebre Pon-

te.

En 1619 Le Brun se trasladó a Roma con el célebre Pon-

te.